

EL NUEVO DESAFÍO DEL GENERAL JUAN EMILIO CHEYRE

# Las historias tras el quiebre histórico del Ejército

**El caso del coronel José Domingo Ramos es emblemático. Siendo el segundo al mando del Comando de Institutos Militares, el mismo "11" fue capaz, frente a todos sus compañeros y de su superior, el general César Benavides, de decir que él no quebrantaría su juramento y no participaría del Golpe en marcha.**

Por Sebastián Minay

Cuando el general Juan Emilio Cheyre transmitió al Ejército su carta de navegación diciendo que "el Ejército de Chile no es 'heredero político' del gobierno militar ni de ningún otro...", lanzó un concepto que, entre otras cosas, se ha plasmado en señales que antes parecerían imposibles. Como la solemne ceremonia del pasado 30 de septiembre de 2002, cuando la memoria del general Carlos Prats regresó a los cuarteles por la puerta ancha.

Ahora, justo a las puertas del simbólico trigésimo aniversario del golpe de Estado, Cheyre está frente a otro desafío. Siguiendo los pasos que su par de la Fach, general Osvaldo Sarabia, adoptara en junio pasado, el comandante en jefe del Ejército y su alto mando ultimaron los detalles del proceso de reparación para una treintena de oficiales de la institución que fueron dados de baja tras el 11 de septiembre de 1973. Ya sea por haberse opuesto o por no haber sido lo suficientemente "duros" frente a las demandas de sus superiores.

No se trata de una decisión fácil. El inicio del proceso de reinserción simbólica de los oficiales exonerados, implica levantar el primer puente que une al actual Ejército con aquel de los generales René Schneider y Carlos Prats y que quedó trágicamente interrumpido. En medio no sólo está la impronta del gobierno militar. Primero está el quiebre interno que se produjo el mismo día 11, cuando algunos mandos se negaron a participar del quiebre institucional. El capítulo más reservado del Ejército y el que nunca se ha abordado íntegramente.

Una reparación que se hizo ineludible a medida que los juicios

de derechos humanos dejaron en evidencia una omisión. La misma institución que hasta hace poco se volcó para apoyar a oficiales condenados por varios asesinatos y torturas -como Álvaro Corbalán y Basclay Zapata-, nunca se pronunció ni hizo nada para defender a sus propios compañeros de armas afectados por la represión. E incluso, se recuerda, en el propio caso del asesinato del ex comandante en jefe Carlos Prats ni siquiera se hizo parte en el juicio.

La tarea se hace más difícil en momentos que los casos de derechos humanos han vuelto a copar la agenda pública. Es más, los procesamientos de uniformados han ido en aumento, resucitando el malestar en las filas. El propio suegro de Cheyre, el general Carlos Forestier, está encausado en uno de ellos.

A pesar de dichas complicaciones, Cheyre y su alto mando han decidido zanjar un conflicto que se arrastra desde hace treinta años para intentar rescatar una sola línea de continuidad en el Ejército. Para ello deberá juntar a quienes siguen pensando que los

<b>SIETE+7</b>				14.08.2003
18.53x20.43	2	Pág. 15		2819915-5

9 9 1 5

exonerados son "traidores a la Patria", con estos últimos. Un hito difícil para los afectados ya que les significa compartir la mesa con quienes fueron sus compañeros de curso y terminaron engrosando las filas de la DINA y la CNI.

El tema tiene múltiples aristas y será Cheyre quien tenga la última palabra.

**Gestiones diplomáticas.** Una de las primeras pistas la entregó la ministra de Defensa, Michelle Bachelet, pocos días después del anuncio de la Fach, cuando adelantó que el Ejército y la Armada seguirían pasos similares. Pero las gestiones estaban caminando desde antes, y bajo estricta reserva.

Según fuentes castrenses, desde hace por lo menos seis meses que se han llevado a cabo contactos entre oficiales del alto mando -comisionados especialmente por el propio Cheyre- con algunos de los uniformados exonerados. Falta por definir los cómo y los cuándo,

pero lo decisivo es que la reparación se hará. Si se inicia con una ceremonia pública o privada, de igual forma será un hito para el Ejército y para aquellos soldados que se hicieron hombres en los cuarteles y que fueron despojados de los símbolos básicos del alma y el honor militar.

En lo que se ha avanzado es en las medidas de reparación. Por ejemplo, se han descartado compensaciones económicas, ya que los afectados de las Fuerzas Armadas fueron incorporados a esos beneficios en modificaciones posteriores a la ley sobre exonerados políticos de 1993.

Así, las fórmulas de desagravio más bien apuntan al levantamiento de la prohibición que tienen los afectados para ingresar a cualquier recinto militar, y el reconocimiento de los estudios y títulos obtenidos durante las etapas de especialización en servicio activo. Y aunque los exonerados habían planteado incluso la entrega simbólica de la denominada "tifa" o tarjeta de identificación militar, uno de los delegados de Cheyre -un general de brigada- aclaró que dicho beneficio sólo está reservado para el personal en retiro con grado de coronel o superior.

De los 32 oficiales que esperan una respuesta, sólo uno de ellos podría acceder a tal simbolismo: el coronel José Domingo Ramos, uno de los primeros en ser dado de baja el día 11.

El caso de Ramos es emblemático para los oficiales afectados, ya que el coronel fue desactivado y arrestado inmediatamente después de que el general César Benavides, comandante del Comando de Institutos Militares, informara a la oficialidad presente en la Escuela Militar del golpe en marcha. Allí, el segundo en el mando, el coronel

Ramos, manifestó su desacuerdo con lo ocurrido frente a toda la oficialidad reunida, tras lo cual Benavides lo dejó detenido en una habitación anexa.

Como Ramos, otros tres oficiales narran aquí su experiencia: el teniente coronel Efraín Jaña, intendente de Talca al momento del paso de la Caravana de la Muerte; el capitán Carlos Vergara, en servicio en Arica bajo el mando del entonces coronel Odlanier Mena, y el teniente Héctor González, testigo de la detención de Ramos.

• • •

#### **TENIENTE CORONEL EFRAÍN JAÑA JIRÓN** **El comandante y el doctor**

Aunque tal vez lo intuía, hace recién seis meses que el teniente coronel (r) Efraín Jaña se enteró de primera fuente del verdadero motivo de su destitución como intendente militar de Talca y del regimiento del mismo nombre, ocurrida cuando el general Sergio Arellano y la Caravana de la Muerte llegaron a esa ciudad, el 30 de septiembre de 1973. Aunque el testimonio del anciano comandante se hizo conocido en el libro *Los Zarpazos del Puma* por haber sido "blando" a los ojos del entonces oficial delegado de Pinochet, treinta años más tarde revela un motivo anexo para un episodio que él describe como traumático.

Tras ser dado de baja, detenido, encarcelado, exiliado, vivir en tres países y finalmente regresar a Chile, quiso saber más razones.

-Hará más o menos seis meses de una ceremonia a la que asistió el general Washington Carrasco, a quien no había visto nunca más desde el '73. Me dijo "la razón que dio el general Arellano no es por incumplimiento de deberes militares, sino que por ser pariente

de un ministro del Presidente Allende".

#### **- ¿Era cierto?**

- Era verdad, pues. Arturo Jirón, el médico de Allende, era mi primo. Esa es la razón que Arellano dio.

Así, Jaña dice haber reconstruido un puzzle que siempre lo tuvo descolocado, porque estuvo convencido de que el cargo de "incumplimiento de deberes militares" -que se le aplicó en el Consejo de Guerra que en 1974 lo condenó a 5 años de prisión- no era justo. Y con ese dato espera que el Ejército lo reinserte y "lave mi honor de soldado".

Aunque conocida por su conexión directa con el caso Caravana de la Muerte, la historia de Jaña es distinta a la de otros oficiales marginados. Es uno de los uniformados de más alto rango que fue exonerado tras el Golpe -sin haberse opuesto directamente a él como lo hicieron otros-, y por lo mismo su salida se produjo en un punto alto de su carrera.

Fue un golpe duro, dice. Sobre todo tras haber alternado personalmente con altos mandos de la época, partiendo por los generales Prats -de quien se declara amigo-, Pinochet y Washington Carrasco, quien era su superior directo como comandante en jefe de la Tercera División de Ejército. Y porque además creía hacer lo correcto. Sólo después del Golpe se dio cuenta de que lo estaban haciendo a un lado.

-El día 10 hubo disparos y atentados con explosivos. Como a las 2 ó 3 de la mañana, recibo un llamado telefónico del general (Carrasco), quien me pregunta cómo estoy, y yo le contesto "se han alterado un poco" las cosas. Y me responde "¡No se desgaste, Jaña!". Claro, si al día siguiente era el Golpe.

En los días siguientes al 11, Jaña se enorgullecía de tener a Talca "como una taza de leche", y de contar pocos hechos de violencia, como el fusilamiento del intendente Germán Castro (PS), quien se enfrentó a un patrulla que lo perseguía en su huida de la ciudad. Arellano no estuvo de acuerdo con esa calma ni con detalles como que el comandante -como él reconoce- no hiciera hincapié en los allanamientos. Desde la perspectiva de las nuevas autoridades, Jaña había cometido el error de creer que los militares debían tranquilizar a los civiles y mostrarse amistosos.

Sellada su suerte tras la famosa frase con que le contestó a Arellano -"¿De qué guerra me habla, general?"-, Jaña fue enviado a Santiago. Allí lo detuvieron en el Regimiento Blindados N° 2, lo trasladaron a la Escuela de Telecomunicaciones, en Antonio Varas, y finalmente a la Escuela de Infantería. Hasta que a fines de 1974 lo sometieron a un Consejo de Guerra presidido por el mismo Arellano.

-Me dieron 5 años de cárcel, que me rebajaron a tres. Me mandaron a la Cárcel Pública, me tocó dormir en el suelo. Fue horrible. Dos días después me mandaron a Capuchinos. Allí me enteró de la muerte del general Prats por la radio, lo que me impresionó enormemente, porque era un gran amigo mío -recuerda Jaña.

Gracias a gestiones del abogado Roberto Celedón -también detenido allí- el oficial obtuvo una conmutación de penas y salió del país con rumbo a Colombia en noviembre de 1975. Tras una breve estadía pasó a Holanda, donde le fue muy difícil hallar empleo: "Un oficial que no ha tenido contacto con la civilidad es un ente, un pájaro en el mundo civil. Es algo terrible. Lo mismo es llegar a otro país, con otro idioma, ¿para qué sirve ser oficial?".

Finalmente, Jaña se afincó en Venezuela durante nueve años, hasta que regresó a Chile. Su familia había quedado en Holanda y para entonces él ya se enteraba de otras versiones respecto a su salida. "Inventaron que tenía una querida mirista, como me contó el abogado Santiago Benadava. Otra: porque yo era muy amigo de Prats", cuenta, explicando que sólo el encuentro con Carrasco le aclaró las cosas.

#### **¿Nunca se le pasó por la mente que lo exoneraron por eso?**

-Nunca. Pero yo sabía que había un argumento político. Poco antes del Golpe, fue a verme a Talca mi primo y supe que Inteligencia lo había seguido. Ahora sé cómo ocurrió y se lo dije al general Cheyre: 'General, tengo la verdad por la que se me calumnió. Me quitaron el mando y me sancionaron por ser pariente de un hombre que participaba en el gobierno de Allende. No por incumplimiento de deberes militares'.

Jaña se refiere a una reunión que tuvo con el comandante en jefe del Ejército a fines del año pasado, donde asegura haber conversado sobre la reinserción de él y otros oficiales exonerados. "Estoy de acuerdo con lo que el general Cheyre está haciendo, y entiendo que hay mucha gente que se resiste a esto", acota, pero al mismo tiempo insiste en que su institución debe reinsertarlo solemnemente.

-Mi honor ha sido mancillado, y lo que pido es un reconocimiento público a mí y a quienes pasaron por lo mismo. Es lo que

Si el capitán Carlos Vergara González hubiese sabido que en 1973 iba a haber un Golpe, se habría dado cuenta de que estaba en el lugar equivocado. Su padre, el general (r) Arturo Vergara Puga, era radical, masón y había sido nombrado por Allende gobernador de Arica en 1970. Era tan amigo de Allende que cuando estuvo a cargo de la Tercera División fue apoderado de una de las hijas de éste -Beatriz- en la Escuela de Medicina de la Universidad de Concepción.

Y el ex ministro de Defensa, José Tohá, era nada menos que su primo hermano. El joven capitán -agnóstico y simpatizante de la UP- se hallaba entonces en el regimiento "Rancagua" de Arica, bajo las órdenes del coronel Odlanier Mena, más tarde jefe de la CNI.

Vergara no creyó que eso fuera un problema. Además, siempre quiso ser militar: "Con un padre general y un abuelo oficial, nací absolutamente programado. Nunca se me pasó por la mente ser civil". Había egresado de la Escuela Militar en 1963, junto a jóvenes como Ricardo Izurieta, Patricio Chacón, Sergio Moreno, Antonio Palomo, Gustavo Basso, José Zara y Gerardo Urrich.

Eran otros tiempos. Ser uniformado era sinónimo de popularidad y prestigio. Las jóvenes rondaban a los cadetes con el beneplácito de sus familias. "Creo que hasta hoy amo al Ejército, tengo el recuerdo del Ejército antiguo", dice. La violencia política aún no llegaba y en los cuarteles se compartían hasta ideas políticas distintas.

Eso se le acabó en la mañana del 11, cuando fue detenido e incomunicado en el departamento en el que vivía al lado de su unidad. El capitán apenas se enteró del Golpe por los bandos que escuchaba en la radio, y sólo pudo salir el 21 de diciembre, cuando le comunicaron su baja de la institución por orden del general Carlos Forestier. Preguntó por qué. "Mis simpatías, mi familia, mi adhesión al gobierno de la UP y porque el alto mando había perdido su confianza en mí", cuenta.

Nunca lo interrogaron ni tuvo que firmar documento alguno, ni menos lo torturaron. Algo supo de un sumario donde lo culpaban de hacer proselitismo político en el regimiento; de dar instrucción paramilitar a grupos de izquierda; de avisar a los interventores de la UP de las patrullas por la Ley de Control de Armas; y de entregar

documentación secreta del Ejército al PS. Vergara no vio el sumario ni pudo defenderse. Se consiguió un trabajo en la IBM, donde jubiló a los 50 años. No le fue mal. Para entonces ya había canalizado sus ideas hacia el MAPU, y más tarde al PPD. Pero también había pasado malos ratos, como cuando -asegura- le intervenían los teléfonos o cuando en 1975 lo citaron al ministerio de Defensa para un extraño interrogatorio en que un mayor le comentó que "sabían perfectamente en qué estaba y que tuviera cuidado con lo que hacía".

O como cuando en 1983 le enviaban recados de la DINA: "Algunos semi amistosos, de gente que conocía". O cuando le dejaron un mensaje en la casa de su madre: "Dígale que lo vinimos a ver". La decepción de Vergara era profunda. "No sentía ningún apego ni nada. Mi uniforme y mis cosas las boté. Sólo guardé una espada que me dieron cuando me gradué de oficial. Y ni eso, porque mi mujer se quedó con ella", dice. Es lo que lo motiva a participar de gestiones para lograr un reencuentro con el Ejército, ser reinsertado y poder superar escollos como los que se le plantean cuando se topa con viejos amigos como el brigadier (r) y ex agente de la DINA José Zara Holger, procesado por el crimen del general Prats.

-Me topé con él en el Apumanque, el año pasado. Siempre tuve la duda de qué pasaría. Fuimos íntimos amigos en la Escuela Militar, nuestras mujeres también. ¿Qué hago? ¿Lo insulto? ¿Lo increpo? ¿Me hago el tonto? ¿Lo saludo?

**-¿Y qué sucedió cuando se encontraron?**

-Fue como el Abrazo de Maipú. "¡Carlos, cómo está! ¡Joselo, cómo

está tú!". Se me borró todo lo que me había pasado en ese momento. Estuvimos conversando una hora y media, tomamos un café, fumamos unos cigarrillos...

**-¿Y hablaron el tema de fondo?**

-Sí, claro. Nosotros conversamos esto antes del golpe. Él era muy golpista y yo pro UP, siendo amigos. Y decíamos que si había un quiebre íbamos a estar en trincheras opuestas, pero que íbamos a tenernos respeto. Y Zara me mandó recados desde la DINA: que tuviera cuidado. Fue un reencuentro grato. Después me vino un cargo de conciencia, de por qué no habré actuado con más rigor. Me dijo que estaba con una depresión y que la plata que entra por su jubilación se la gasta en abogados para que lo defiendan.

**-¿Le reconoció su responsabilidad en las causas que se le imputan?**

-Me dijo: "tú bien sabes que yo estaba en el departamento de Operaciones Exteriores de la DINA. Yo nunca tuve que actuar contra ningún grupo de subversivos. No tuve que interrogar ni torturar a nadie. Me tocaba planificar operaciones exteriores". Yo le dije, "Oye, Joselo, dentro de esas operaciones estaba la de Carlos Prats, me imagino". Y él me retrucó que cómo se me podía ocurrir.

**-¿Le creyó?**

-No, para nada, ¡cómo se le ocurre! Le dije: "si tú estás involucrado o no, eso no lo sé, no me consta, pero que fue la DINA, lo fue". Me insistió, incluso me llamó por el sobrenombre que me tenían en el Ejército: "No creas eso. Mira, Chini, tenís que creerme. La DINA estuvo infiltrada por la CIA desde el primer día. Teníamos gente que no obedecía instrucciones nuestras, sino de la CIA, como Michael Townley y Fernández Larios. Por lo tanto, esas operaciones las planificó la CIA con esta gente, y nos están involucrando a nosotros". El mismo discurso que tiene Contreras.

**-¿Cómo quedó tras esa conversación?**

-Con él teníamos una relación personal, afectiva, emocional. Zara es el mismo amigo que no vi en mucho tiempo. Ahora, por supuesto que no iría a comer ni a tomarme un trago con Zara.

**-¿No lo llamó por teléfono después de eso?**

-No, y no lo voy a llamar tampoco. El problema es si me vuelvo a encontrar con él. A lo mejor tengo la misma reacción de esa oportunidad. Me he cuestionado mucho de que no actué de la forma indicada. Debí haber sido más riguroso. Debí haberle dicho que lo que me hicieron fue injusto.

•••

**HÉCTOR GONZÁLEZ ALLÚ**

**El teniente que votó por Allende**

Un día después de cumplir los 27 años, al teniente Héctor González Allú le costaba entender de qué se trataba ese golpe que en la mañana le informaron en las dependencias de la Escuela Militar. Así como se había resistido a creer casi hasta último momento que las Fuerzas Armadas iban a intervenir en 1973, durante los meses venideros abrigó la idea de que lo sucedido el 11 de septiembre sólo iba a ser "un ordenamiento", y que luego las cosas volverían a su cauce normal.

Terminó de caer en la cuenta en abril del año siguiente, cuando tras una serie de misiones y destinaciones transitorias, le ordenaron presentarse en la Dirección de Inteligencia del Ejército, DINE. Ahí, el joven oficial se encontró con la sorpresa de que dos oficiales de civil le comenzaron a preguntarle su opinión sobre lo que ocurría en el país, para luego interrogarlo acerca de las simpatías políticas de él y de su familia. González, intrigado, les requirió de dónde habían sacado todo eso.

-Entonces empezaron a mencionarme lo que había manifestado en reuniones con otros oficiales, citando hechos específicos, reales. Yo nunca negué que era simpatizante del gobierno, pero ellos me dijeron que no podía seguir en la institución.

Así, este teniente de Ingenieros (r) relata casi 30 años después el día

en que se decidió su salida del Ejército. La mención a su familia lo desarmó, y cuando al día siguiente volvió a tocar el tema con el director del DINE no se opuso a aceptar su baja. Igual como lo sintió el 11 en la Escuela Militar -cuando el general César Benavides le anunció a él y otros oficiales de la operación en marcha-, había más de una razón para alarmarse.

"Mis padres estaban separados. Mi papá era gerente de radio *Portales* de Valparaíso, que había apoyado la gestión de la Unidad Popular; el esposo de mi madre era ingeniero en El Teniente y simpatizante de izquierda; y mi hermano Claudio era de la comisión política del MAPU. No me astudé, pero toda mi familia se me pasó por la cabeza", cuenta González, quien dice que durante su servicio activo nunca ocultó sus simpatías por Salvador Allende, por quien había votado en las elecciones de 1970.

-Vivíamos en un Estado donde era legítima la discrepancia en la medida en que eso no interfiriera en nuestra actividad profesional -recuerda.

Todo eso terminó para él con un proceso que duró siete meses después del golpe, cuando el joven oficial supo que quedaba en la calle, sin trabajo y alejado de los cuarteles donde había pasado su vida desde los 15 años, con compañeros de curso entre los que hizo amigos y también con otros con los que más tarde se llevó sorpresas, cuando se enteró de sus actividades en la DINA. Un período que lo marcó y que después le dolió al punto que se deshizo de su uniforme, fotografías y cualquier recuerdo de esa época.

-Después de colgar el uniforme sentí alivio de ya no estar involucrado, y dejé de creer en la institución. Ese proceso se me había producido de a poco, pero fue total cuando ocurrió la separación. Fue un alivio, sobre todo por mi familia.

**-Pero cortar la carrera militar también es un poco como quedarse sin familia, ¿o no?**

SIETE+7		
8.95x14.79	5	Pág. 15
14.08.2003	2819926-7	

9 9 2 6

-Ya había hecho el costo mientras estaba dentro, aunque lo había ido asumiendo con mucho dolor.

Durante sus años de servicio activo -que en su mayoría los pasó en unidades de Iquique y Arica, lejanas a la efervescencia capitalina- González había observado cómo el país se había ido polarizando durante el gobierno de la UP. Hasta le tocó ver violentos allanamientos y detener personas de las que nunca más supo entre el golpe y su posterior baja.

Eso lo marcó, dice, y aunque no sufrió torturas ni apremios similares sí pasó por episodios desagradables, como la detención de su hermano -quien salvó ileso- y el allanamiento de la casa de su madre. Tras eso, decidió marcharse a España, donde se separó de su mujer. Volvió en 1981, a trabajar en una empresa inmobiliaria. Y a indagar qué había sido del Ejército.

"Era una institución que ya no era creíble ni querida. A pesar de que siempre sentí mucho cariño por lo que me dio, nunca me arrepentí de haberme ido. Pero sí me sentí muy dolido por el momento que vivía el Ejército", relata. A partir de entonces, sus simpatías por la izquierda se acentuaron y años después terminó simpatizando con el PPD.

Sólo en los últimos años comenzó a "redescubrir" a su institución, "cuando me doy cuenta de que es capaz de percibir los errores cometidos, cuando hay gente como Cheyre". Comenzó a juntarse con algunos amigos, ex compañeros exonerados igual que él. Los mismos que esperan hoy un gesto.

-Siento que el Ejército tiene que abrir las puertas que me cerró, soy uno más, recuperar mis derechos, reconocerse como un oficial que no fue un mal elemento. Me da lo mismo que sea público o privado. Me quiero quedar con las actitudes y mensajes de Cheyre y no con los que nos rechazan, porque nunca tuvimos una actuación desleal hacia la institución -resume.

Sin embargo, González dice estar consciente de que el paso puede ser complicado para el comandante en jefe. "No sólo tiene la presión interna, sino de los que están retirados. Entendemos que no sea fácil, y no queremos presionar ni seguir siendo tildados de separatistas", asume.

Tal vez entonces pueda reencontrarse con algunos de sus compañeros de promoción, de los cuales el único que queda en servicio activo es la actual segunda antigüedad, el mayor general Roberto Arancibia Clavel: "A él lo llamé un par de veces. No me devolvió el llamado". ⑦